

# Evocación de Mauricio Goldenberg

Rafael Paz

Congreso Argentino de Salud Mental 2020

Honrosa tarea, la de convocar recuerdos y expresar gratitud, sobre el trasfondo de una ausencia que siempre se extraña.

Mauricio Goldenberg marcó un hito imborrable en la psiquiatría argentina o, mejor decirlo, por el optimismo implícito en las palabras que nombran este Congreso, en las prácticas y territorios ligados a la Salud Mental.

Herencia, la de él, que pervive en el reguero de discípulos de distintas generaciones que se nutrieron de su saber y de su estilo, por transmisión directa o indirecta,

Siendo éste un punto esencial: *el estilo de Goldenberg* y el modo de compartirlo.

El ensamble entre una cordialidad profunda y una paciencia sin límites, junto a todos los sentidos abiertos a la captación de quién tenía delante, dan cuenta de la manera de situarse en su trabajo de todos los días.

Goldenberg era un semiólogo formidable, formado en el dar y darse tiempo, la paciencia y la minuciosidad.

De ahí su reconocimiento hacia Carlos Pereyra, que junto con Bosch fuera su inicial maestro en psiquiatría y un finísimo lector de detalles, hiperclásico en todos los sentidos de la palabra y que me abrió las puertas para que asistiera a sus entrevistas diagnósticas en el Hospital Italiano, en las últimas épocas de su ejercicio.

Siendo ésta, en mi caso, la primera sugerencia de Goldenberg de otras experiencias y otros horizontes.

Rasgo notable y que quienes estábamos junto a él lo tomábamos sin asombro, y también sin percatarnos que gozábamos de la rara virtud de un maestro que otorgaba libertad a alumnos y discípulos para que transitáran-

mos aquellos caminos que la diversidad vocacional nos señalara.

O sea al modo de los primeros *theorein*, de aquellos privilegiados que en mérito a su sagacidad las ciudades griegas enviaban a recorrer otras comarcas para aprender novedades y adelantos de toda índole, en los cultivos, el manejo de las aguas, la alfarería... trayendo luego, al regresar, sus crónicas, sus *teorías* para enriquecer a todos en la *polis*.

Es decir, la sala del Borda y luego el Policlínico de Lanús.

Pluralismo en acto que nos nutría y nos resultaba natural, pues las diferencias se jugaban en la vía final común de la práctica clínica, y eran contenidas por su calidad humana y la fraternidad entusiasta que constituimos.

De ahí que los que nos sentíamos sus discípulos, recolectáramos experiencias y saberes en otros lugares; por ejemplo, en salas amigas, como la de Morgan, o la de García Badaracco.

Pues había otras que no lo eran tanto.

Así como también con personajes notables en ámbitos peculiares, como aquel en el cual Moyano vivía, disecaba, miraba y también narraba, desde lo empírico visible de los preparados y las tinciones neuronales.

Familiar / novedoso / extraño en mi propia experiencia, en tanto había trabajado en la cátedra de De Robertis.

Y luego mucho más allá, cuando uno tomó alas y emprendió el camino absorbente del psicoanálisis, alejándose de a poco, aunque sin distanciarse nunca, y encontrando en Goldenberg la calidad de un desprendimiento cariñoso y una generosidad que me acompañó por siempre.

Siendo este un no tan común atributo de los maestros: abrir caminos y dejar ir a quienes eligen los suyos.

Lo cual es congruente con una perspectiva más profunda y extendida al propio ejercicio clínico: *el reconocimiento de la singularidad y la libertad de los pacientes trasuntado en el trato cotidiano*.

Punto clave de su legado, que se sitúa en la zona de lo ejemplar, pues se trata nada menos que de poner en juego los resortes de la propia disponibilidad empática para que el otro sienta, desde su desdicha o su locura, y la consiguiente soledad radical, que hay alguien que lo acompaña *aún en eso*, y no a pesar de su condición.

El punto es que se trata de algo difícilmente enunciable, sólo perceptible en acto y transmisible por contacto directo; de ahí lo imborrable de haber estado junto a Goldenberg *viendo enfermos*, como al uso médico tradicional él lo decía.

Lo cual explica que haya escrito desproporcionadamente poco respecto de lo mucho que ha enseñado, y también, porque la narrativa de lo vivido en las entrevistas o en las visitas de sala ha constituido el principal legado de su saber y –con palabras actuales– de su *transmisión*.

Que suponía la *comprensión*, en el sentido fenomenológico más profundo, de asistir a de qué modo “*lo psíquico surge de lo psíquico moviéndose en nexos motivacionales...*”, como dijera Jaspers, y –esto es crucial–, sin apuro alguno para alojar en un compartimiento nosotáxico, clasificatorio, la complejidad humana que se mostraba en la circunstancia clínica.

Con Goldenberg aprendí en estado práctico aquello que muy luego me enteré que era trabajado como *paradigma indiciario*: lectura minuciosa de superficie que se va profundizando naturalmente en la comprensión empática de la circunstancia, drama o tragedia que se abre ante nosotros y nos vuelve duchos en el detalle, el cómo y el porqué de actitudes y conductas, por más extrañas que se muestren *a priori*.

Siendo que en nuestro caso, en relación con el marco indicial, no es que el objeto se halle ausente, perdido o remoto, sino que se hurta *activamente* al escrutinio del semiólogo por el temor a las consecuencias que esto puede tener.

De donde lo imprescindible de potenciar las disponibilidades de acogimiento para acceder más allá de la superficie de contacto.

Es de este modo que se vuelve pensable el efecto notable de la maestría de Goldenberg que nos permitió a muchos conectar con naturalidad una psiquiatría de raíz fenomenológica con las profundidades familiares al psicoanálisis, en la medida que se siga el tránsito de la experiencia vivida y se sostenga empáticamente.

De modo tal que la entrevista diagnóstica, por ejemplo, se inscribe ya en una acción terapéutica y no se constituye en un primer acto segregatorio.

Esto es lo que Goldenberg transmitía y que tiene potencia generalizante: el acto médico de saber qué le ocurre a quien consulta no es meramente extractivo o inadvertidamente estigmatizante, sino terapéutico por empatía fundada e instrumentalizada.

Actitud elaborada según arte que se anticipó en mucho a desarrollos posteriores alrededor del paradigma relacional.

Goldenberg, como humanista prático que era, no sólo se conmovía

ante los padecimientos sino aspiraba a solucionarlos, y –esto es crucial– *en la escala que fuera necesario*: la entrevista singular, el contexto familiar, la dimensión barrial y comunitaria.

Es decir, donde la gente, los pacientes, viven.

Y tal como son, lo que exigía disponibilidad abierta, transcultural y desprejuiciada, que sólo “la calle” otorgaba.

Esa entelequia tan nuestra, y que él genuinamente valoraba, como ju-  
dío porteño que era, hinchista de Platense, sabedor de fútbol y otras cos-  
tumbres.

En una época como la nuestra donde ponerse en lugar del otro y con-  
servar al mismo tiempo la distancia operativa imprescindible tiende a sus-  
tituirse por fingimientos de distinta índole, es difícil narrar y valorar en  
su justa medida la manera en que Mauricio Goldenberg se acercaba a los  
pacientes.

De ahí el rechazo a toda tradición confinadora y restrictiva, que era  
en él visceral, sin que eso implicara ningún liquidacionismo de conoci-  
mientos acumulados, ni privarse de los recursos que sucesivamente iban  
apareciendo.

Transcurriendo todo en un contexto ideológicamente denso y atra-  
vesado por el aluvión novedoso de medicaciones por un lado y el fervor  
antipsiquiátrico por otro: práctica ardua de desentrañamiento encarada  
con fervor de maestro y guiado siempre por el postulado de *primum non  
nocere*.

Surgiendo de todo esto la implicación con la sociedad y los tiempos y  
por ende las perspectivas *macro*, sostenidas desde su experticia en alcoh-  
lismo –era consejero de la O.P.S. y de la O.M.S. en la materia– y concre-  
tada en la creación de servicios psiquiátricos en hospitales generales y la  
planificación en salud mental.

Hay situaciones que resumen un mundo de experiencias y trastocan las  
bases de lo obvio, y dejan marcas perdurables cuyo trazo originario justo  
es señalar.

Cuando una anécdota se torna una suerte de epítome, de síntesis ejem-  
plar de muchísimas cosas hacia adelante y hacia atrás.

Pues en desarrollos conceptuales que elaboré mucho después y que han  
tenido cierta fortuna, como el de *operacionalismo crítico*, distinto de un

eclecticismo blando donde todos los gatos son pardos, se hallan las huellas, incluso remotas, de lo que aprendiera allá y entonces: la asimilación trabajada del acervo múltiple que nos precediera.

La primera historia clínica que me encomendó Mauricio Goldenberg me puso frente a un personaje hirsuto y retraído, de un laconismo impresionante.

Era un paciente traído desde muy al sur, desde la Patagonia, luego de haber estado recluido en una comisaría remota, en las condiciones precarias que cabe imaginar.

El motivo fue un desorden y pelea en un bar –retrospectivamente un cuadro confuso alucinatorio– luego de una borrachera.

Este hombre “bajaba” al pueblo para la primavera, pues parte del año andaba de manera trashumante con sus ovejas buscando pasturas y en la más absoluta soledad de humanos.

Hice la anamnesis minuciosamente, sorteando las dificultades de reticencia y temor, y asombrado ante los fragmentos de vida que pude ir desentrañando.

Luego de algunos días –concurriamos a la Sala del Borda de lunes a sábado– le llevé a Goldenberg el historial minucioso, que culminaba, según arte y orgullo de aprendiz, con dos precisiones semiológicas que constituían el fruto de las entrevistas: “*episodio de ‘delirium tremens’ en un alcoholista crónico, con marcada rigidez de carácter, tendencia al aislamiento y posibles experiencias sexuales con ovejas (bestialismo)*”.

La leyó minuciosamente, me dijo que estaba muy bien hecha, pero agregó, más o menos, estas palabras:

“*¿Sabés de dónde viene y cómo vive este hombre? ¿El calor por dentro y por afuera que necesita?...*

*Y si no es con ovejas: ¿con quién?”*

Lección imborrable de psiquiatría transcultural.

El momento clasificatorio no es liquidado, pero se difracta en el prisma de la complejidad humana.

Y puede esperar, el paciente y sus circunstancias no.

Muchas gracias a ustedes y a Mauricio Goldenberg.